

Pierre Lassauvetat

QUÉRIBUS

Senzia Editorial



No esta permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright

©Senzia Medios 2021
ISBN: 978-84-124409-0-4
Senzia Editorial, Madrid
senzia@senzia.es

«El historiador no interroga más que pecios, y estos restos
proviene[n] prácticamente todos de los monumentos erigidos
por el Poder.

No sabemos nada de la herejía, si no es por el intermediario
de los que la persiguieron y vencieron, por sus actas de
condena...».

GEORGES DUBY, *Les trois ordres ou l'imaginaire du
féodalisme*, París, Gallimard, 1998.

La historia es una interpretación más o menos novelada de
sucesos más o menos demostrados. Por increíble que
parezca, esta novela, inspirada en personajes reales y
hechos históricos, es un relato plausible de los
acontecimientos que narra...

Prefacio

La carretera D117, entre Foix y Rivesaltes, bordea por el norte los Pirineos ariegenses (del departamento del Ariège), antes de adentrarse por medio de una larga y suave pendiente cuesta abajo entre el Fenolleda y los Corbières.

Los azares de la vida del niño que era me llevaron a recorrer en múltiples ocasiones esta carretera, la frente pegada al cristal en el asiento de atrás del coche familiar. En aquella época todavía no existía la locura turístico-lúdica que mueve miles de turistas todos los años alrededor del patrimonio medieval de la región y especialmente todo lo relacionado con los cátaros, pero a fuerza de pasar por estos lugares llegué a poder recitar de memoria la lista de fortalezas que surgían una tras otra a lo largo del camino: Foix, Roquefixade, Montsegur (indicada en un cartel aunque invisible desde la carretera) Puivert, Puilaurens, y finalmente Quéribus, que aparece, imponente, cuando parece que lo más espectacular del viaje ya ha quedado atrás.

Quéribus, allí arriba, aislado del mundo y como apuntando al cielo, el torreón macizo. Quéribus esperaba mi visita. En la primera adolescencia creció en mi interior la certeza de que estas ruinas que daban la espalda al mundo, algún día me acogerían y se dejarían profanar por mi curiosidad.

Más tarde, ya por iniciativa propia, exploré las estrechas carreteras de montaña que se internan de valle en valle entre los macizos pirenaicos. Los pueblos del Pays de Sault dormían entre bosques intensos, apelotonados, frioleros, alrededor de sus campanarios. Archipiélagos diminutos en

medio de un océano verde oscuro. Belcaire, Prades, Montailou... Descubrí los montes bajos de bosque mediterráneo de las Corbières, olvidados del mundo moderno, con nombres a la sonoridad curiosa: Cucugnan, Termas, Villerouge, Durban, Tuchan, Bugarach, Arques, y tantos otros... Cuando se puso de moda en el mundo entero el misterio de Rennes-Le-Château y las Ciudadelas del Vértigo, hacía ya tiempo que yo marchaba de castillo en castillo, de ruinas en ruinas por todo el País cátar, más allá de los Pirineos incluso, en las regiones del Gran Languedoc.

Mientras hordas de turistas vestidos de Indiana Jones buscaban cofres de oro, yo descubrí el verdadero tesoro del Languedoc: su Historia y sus paisajes. Los libros desvelaban para mí los dramas que escondían estas piedras. La historia de la cruzada contra los albigenses por supuesto, pero también el final de un mundo feudal en el que cada señoría, cada tierra reivindicaba orgullosa su derecho a luchar contra el resto del mundo, sea el vecino o el invasor del Norte.

Pero de entre los señores feudales que marcaron la historia languedociana sobresalían dos caras de una misma moneda: Chabert de Barberá, último señor "cátaro" de Queribus, y Oliver, señor de Termas.

Sabemos relativamente poco de Chabert, bastante más de Oliver, y la vida de cada uno de estos dos hombres valía la pena de ser contada. Otros que yo ya lo habían hecho en ensayos históricos, y cada una de estas dos vidas hubiera justificado una novela sin grandes esfuerzos de imaginación tal es la riqueza de sus biografías, incluso incompletas.

Sin embargo, yo quedé fascinado por la relación que unió estos caballeros, y su encaje en el mundo feudal que tan bien representan. Son las dos caras de una misma moneda. Hoy todavía Chabert hace figura de caballero comprometido con la causa cátara, defensor de los herejes oprimidos. Oliver, considerado en su tiempo uno de los más nobles caballeros de Occidente, no suscita tanta unanimidad hoy en día por sus cambios de bando, tan comunes en los faidits, señores desposeídos de sus tierras por el invasor norteño. Los dos sin embargo son el ejemplo del caballero occitan, preocupado de conservar su independencia, necesitado de dinero, orgulloso de su linaje y a veces, sólo a veces, digno representante de “Paratge”, el ideal medieval occitan de igualdad, libertad, honor y valentía.

La magia visual del país cátaro es envolvente, insidiosa, recurrente. Hablar de la historia y de los hombres y dejar de lado los paisajes es quedarse a medias. Porque, tengo que reconocerlo, las piedras y los matorrales, los cielos lavados por la tramontana, los Pirineos y el Mediterráneo tienen en esta novela tanta importancia como los protagonistas. El Pog de Montsegur habla tanto por su aspecto como por su historia, y no se entiende uno sin el otro.

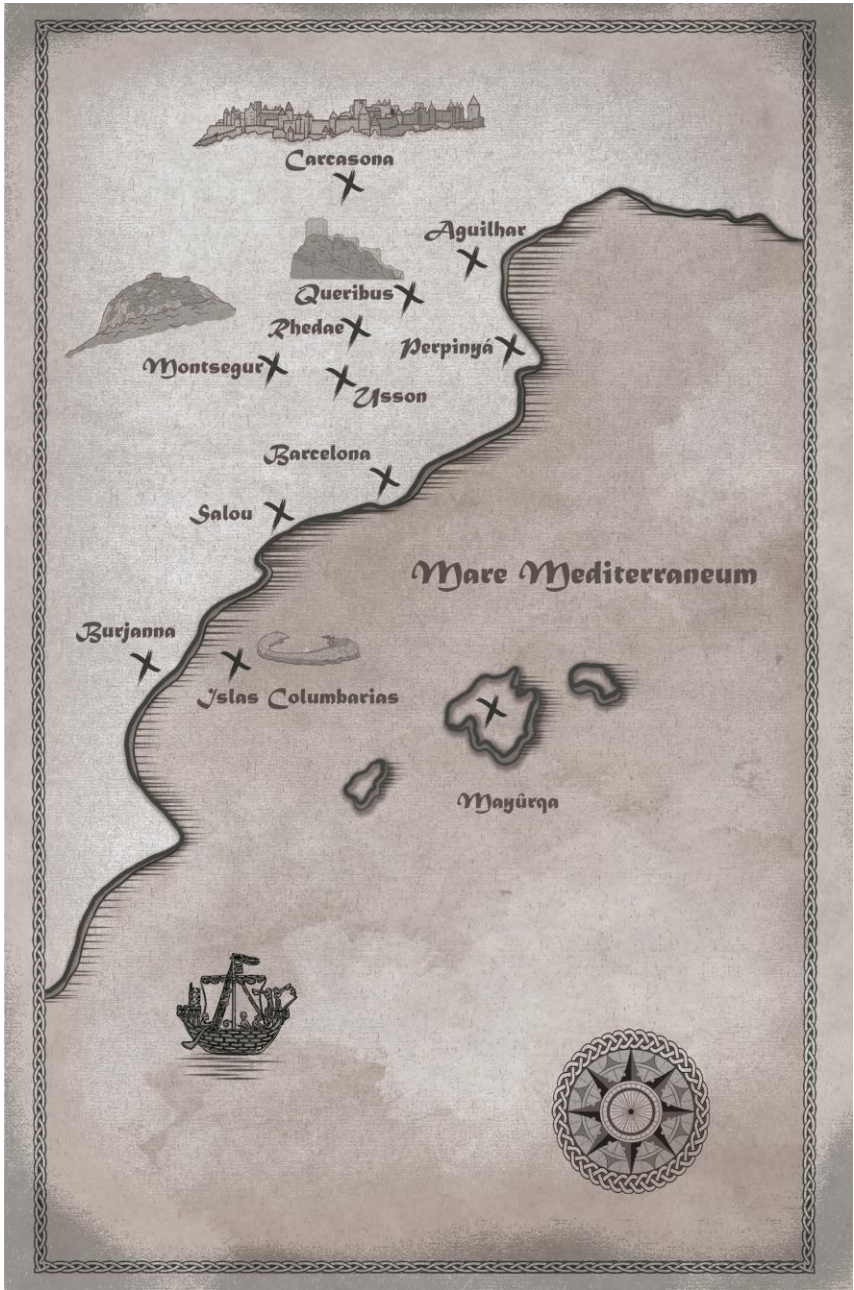
Quién haya recorrido una vez, sólo una, el país cátaro, entenderá lo que afirmo.

El Languadoc es un país de leyendas, de cuentos, de media verdades y de casi mentiras. Las cumbres pirenaicas no son las más altas, pero son las más misteriosas, los pueblos que esconden los valles no son los más alejados, pero son los más aislados. El Languedociano es abierto y callado, cotilla y discreto. Esta tierra ha visto pasar una invasión tras otra, en un sentido y al revés. Aquí el francés que se habla rebosa

giros y localismos, y el occitan residual que a veces se oye lleva acento del norte. ¡Qué más da! El tiempo ha pasado desde la epopeya de los cátaros, pero algo permanece en los viejos muros, en las ruinas de los castillos y en lo profundo de la memoria colectiva.

Ese algo que presentía de niño, que busqué toda mi vida en las crestas pirenaicas, quizás lo haya encontrado escribiendo la historia de Péire, un espectador implicado en su siglo, en su pueblo, que recorre el siglo XIII de acontecimiento en acontecimiento, siguiendo sus señores o sus creencias. Cuando empecé la novela, después de años de documentación y viajes, me preocupaba que Péire tuviera demasiadas experiencias para sonar verídico, pero conforme ampliaba mi documentación e incluía episodios de las vidas de Chabert o de Oliver en la trama, me di cuenta de que la vida más sosegada de los actores de mi novela es precisamente la del único personaje no real: Péire.

Madrid, mayo de 2021



Carasona



Aguilhar



Queribus



Rhedae



Perpinyá



Montsegur



Usson



Barcelona



Salou



Mare Mediterraneum

Buzjanna



Islas Columbarias



Mayúrqa



Hace dieciséis años estalló la peor de las tormentas, la más terrible de las tragedias para un pueblo pacífico. Los cruzados del rey de Francia arrasaron estas tierras, mataron, persiguieron y quemaron a herejes y, a buen seguro, a alguno que otro cristiano distraído. Mientras reflexiono sobre ello, me voy hundiendo poco a poco en el mundo de los sueños, mecido suavemente por el paso lento de mi caballo. De repente, la mula que me precede pisa un guijarro y suelta un relincho de queja. Mi caballo, aunque manso, se sobresalta y me saca del adormecimiento.

Levanto la cabeza, voy el último de la fila de cuatro caballeros. Nos acompañan unos cuantos sargentos montados y algunos escuderos a caballo mezclados con los sirvientes. Completan la comitiva varias mulas cargadas con baúles, sacos, enseres y armas.

Subimos a ritmo pausado por el estrecho sendero que serpentea monte arriba entre matorrales de arbustos bajos y pedruscos afilados de todos los tamaños, hasta que llegamos al castillo de mi señor.

Chabert de Barberá, señor de Quéribus desde hace poco, envuelto en su manto de lana azul, barbudo como todos nosotros, sigue al sargento mientras golpea con el bastón las piedras y plantas del camino para alejar a las serpientes. Chabert cabalga con la espalda recta; mantiene la postura desde primera hora de la mañana, aunque sus hombros ceden un poco, de forma imperceptible, por el cansancio del viaje. Quizá también tienen que ver sus cuarenta años de vida. Desde mi posición intuyo que se siente observado por los soldados, así como por los mercenarios, los sirvientes y los esclavos. De vez en cuando se da la vuelta sin detener el caballo y contempla la columna unos segundos antes de levantarse sobre los estribos y gritar en nuestra lengua lemosina, que algunos llaman occitana: «¡*Endauant!*». Se dirige al grupo de los rezagados, entre los cuales inevitablemente me encuentro. La voz le sale ronca. Entonces bajo los ojos y avivo el paso, avergonzado.

La fortaleza de Quéribus nos vigila desde el pico rocoso, imponente bajo el sol del mediodía. En la ladera norte solo oímos el susurro agitado del viento, que mueve los arbustos de la cresta. La *tramuntana* nos espera allí arriba.

Venimos de Pèirapertusa, a tres leguas de distancia, donde ayer nos ofreció hospitalidad el señor Raimon de Pèirapertusa, eso sí, de mala gana. Él nos conoce como heréticos cátaros y prefiere mantenernos alejados, no vaya a ser

que la Iglesia de Roma le pida cuentas algún día. Pero es vecino de mi señor Chabert, y la hospitalidad entre caballeros nunca se niega en estas montañas, aunque al día siguiente se mataran entre ellos. Otra cosa habría sido que fuésemos villanos, hombres libres sin título o mercaderes; estoy convencido de que, en este caso, Raimon hubiera pedido una ayuda, por no decir un rescate. Sonríe pensando en ello mientras coronamos el paso de l'Auzina. Entonces me quedo impactado por las vistas a la vez que el viento feroz me corta el aliento.

Por delante, la columna sigue subiendo los últimos meandros del sendero antes de franquear la puerta de Quéribus, donde esperan las caballerizas. Los animales ya huelen el forraje y el descanso.

Me detengo unos instantes para disfrutar del paisaje a nuestros pies: el río Maury abarca desde poniente, de dónde venimos, y se une más a levante con el Agly continuando hasta el *mare Mediterraneum*, atravesando la fértil plana del Rosselló. Frente a mí, en la otra orilla del valle, los oscuros y misteriosos montes boscosos de Fenolleda y, detrás de ellos, el majestuoso monte Canigó, que nos vigila desde el reino de Aragón, con la cima cubierta de una nieve que se confunde con el cielo de un azul casi blanco. Dicen que este viento helado no cesa nunca y que ha vuelto loco a más de uno.

Mi caballo se impacienta y emprende la marcha monte arriba, hacia las rocas que soportan los muros de piedra antigua de uno de los últimos reductos de los míos, los cátaros. Con esfuerzo, me bajo del caballo. Tengo la espalda y las piernas doloridas. Después cargo al hombro el saco de cuero con todas mis posesiones. Un niño famélico, tan sucio que apenas se adivinan sus ojos entre la mugre, tira de las riendas para conducir al animal a las caballerizas cercanas.

La barbacana que protege la estrecha entrada está guardada por un sargento con casco y armado con una pica, una espada al cinto y un escudo de madera.

El vértigo se adueña de mí al pasar por debajo del rastrillo que cierra el *castrum* por la noche o en caso de guerra. Sigo ascendiendo por un angosto camino que rodea el tosco torreón cuadrado que parece suspendido sobre el abismo y por fin llego al patio de armas del castillo, la plaza central de la aldea. Absorto como estaba, hasta ese momento no soy consciente del alboroto que forman los hombres que arrastran los baúles del señor y sus propias bolsas, así como el ruido del metal de las armas que llevan a su espalda. Todo ello se une con el hedor a sudor, a hambre, a sed, a cansancio...

Hemos llegado a Quéribus, el castillo de mi señor, Chabert de Barberá, mi protector, quién sabe si algún día mi amigo.

Muchos de los sargentos son de aquí, de los pueblos de los alrededores, de Cucunhan y de Maury. Por esa razón, a medida que nos acercábamos se han quedado en sus casas o con su familia al pie de la fortaleza. Poco tiempo después en el patio del castillo se ha hecho el silencio, solo roto por las risas de algunos caballeros, que arrastran las botas hacia la sala de armas, donde vivirán hasta la próxima cabalgada.

Sin saber qué hacer, de pie a tres codos de distancia de Chabert, espero que me dirija algún gesto, pero está ocupado organizando a los caballeros y oficiales recién reclutados que vivirán en la fortaleza. También a los sirvientes, que corretean de un lado para otro. Unas escaleras de madera conducen a un portón de roble, delante del cual una mujer aguarda envuelta en un manto del mismo azul que el de Chabert. La prenda está sujeta por una fíbula de plata que representa un ave, o eso me parece.

Chabert le sonrío torpemente y ella levanta la mano en señal de bienvenida, esperando sus palabras.

—Baje, Sibila.

Mientras la joven se acerca, Chabert lanza una mirada furiosa a su escudero, que permanece erguido a su espalda.

—¿Crees que mi caballo se va a limpiar el sudor solo? ¿Crees que es capaz de ponerse el agua y la comida? —lo abronca— ¡Lo quiero cepillado y refrescado ya! ¡Como se resfríe te arranco la lengua!

Presa del pánico, el joven sale disparado, como una flecha de ballesta, hacia las caballerizas.

Sibila se encuentra junto a él. La mujer es tan alta como Chabert y lleva el pelo cuidadosamente recogido bajo un velo de tela blanca.

—Señor, sed bienvenido a vuestra casa. ¿Ha tenido buen viaje? —le pregunta con una sonrisa, sin bajar la mirada.

—Excelente —responde él, colocando la mano sobre su hombro. Segundos después la retira, incómodo—. ¿Alguna novedad?

—Me alegro mucho de verle. Vuestra hija está muy bien. También le esperaba con impaciencia.

—¡Chaberta! —exclama sonriente mi señor—, ven a saludar a tu padre.

En lo alto de la escalera, una criatura de cuatro o cinco años asoma la cabeza bajo el dintel. En cuanto lo ve, baja corriendo los peldaños que lo separan de

su padre. Entones mi señor la levanta en brazos. Su pelo rubio se escapa de un gorro sin anudar. Viste una túnica de lino grueso de color tierra.

—¡Padre, padre! ¿Me llevas contigo a caballo?

—Mañana, hija mía. Mañana iremos a dar una vuelta. Mira, este es mi ayudante. Se llama Péire. ¿Dónde le decimos que duerma? ¿En las caballerizas? ¿En las cocinas? ¿Qué tal con los cerdos o las gallinas? —bromea.

—Creo que lo acomodaremos allí —interviene Sibila, señalando una pequeña choza de madera adosada a la muralla—. Chaberta, ayuda a Péire a llevar sus cosas.

—Péire —me dice Chabert—, esta es mi esposa, Sibila de Paracolls, y esta granuja es mi hija, Chaberta.

—Señora... Señoras... —balbuceo con torpeza. No he conocido a muchos vástagos de nobles, por no decir a ninguno, así que ignoro la fórmula que debo emplear en estos casos.

Chaberta se ríe. Se retuerce para liberarse del agarre de su padre y coge mi mano para arrastrarme a la cabaña donde pasaré la noche. Entretanto, Chabert de Barberá sube hasta el torreón con paso enérgico, seguido de una prudente Sibila de Paracolls, que lleva una sonrisa dibujada en los labios.

La construcción no tiene más de cinco codos de lado y está cubierto por un techo de planchas de madera que descansa sobre paredes de troncos verticales hincados en el suelo a fuerza de golpes. No tiene ventanas, no hay pared para ello, pero sí cuenta con un agujero en el techo que sirve para dejar salir el humo de la hoguera, evidenciada por un círculo de piedras dispuestas en el centro. Mi litera es un tablón, también de madera, con cuatro patas; todo un lujo. Ya me buscaré algo de paja para hacerla más cómoda. Una mesa y un taburete completan el mobiliario.

—¿Te gusta, Péire? —se interesa Chaberta, atenta a mi reacción.

—Un verdadero palacio, dama Chaberta.

—¿De dónde vienes?

—De Pàmias, en las montañas. A dos días de viaje.

—¿Dos días enteros? ¿A caballo?

—Claro.

En la puerta aparece una sirvienta, no mucho mayor que Chaberta, cargada con un cuenco de barro lleno a rebosar de lo que parece un guiso de carne humeante. Acompaña el plato con un trozo de pan oscuro, una cuchara de madera, una jarra de vino y una copa de arcilla cocida. Después de depositarlo todo sobre la mesa, y sin mirarme a los ojos, coge a Chaberta en brazos.

—Los señores le esperan esta noche para la cena —me informa.

—*Qu'ei hèra bon, mercés.*

Chaberta desvía la atención hacia la joven sirvienta mientras se alejan en dirección al torreón.

Dejo el saco encima de la cama; me pesa el cansancio en las piernas y en la espalda. Después me siento en el taburete y empiezo a comer. ¡Cuánta hambre tenía!

Al cabo de unos minutos, el vino y la comida caliente me sumergen en un agradable sopor, así que me tumbo en el duro camastro, acomodo la cabeza sobre el saco de cuero y cierro los ojos. Aprovecho la quietud para recordar una vez más la razón de mi presencia aquí.

Guilhabert de Castres, obispo cátaro de Tolosa, respetado hasta por sus enemigos, el más venerado de los Perfectos. Mi familia tenía el honor de haberlo recibido en nuestra casa de Pàmias en varias ocasiones. Recuerdo, siendo niño, verlo aparecer acompañado por otro Perfecto, su Hermano Menor, su novicio. Ambos ataviados con la túnica negra y el bonete del mismo color típico de los Buenos Hombres que recorrían el país de dos en dos predicando la fe de nuestra Iglesia cátara, la de los buenos cristianos. Saludaba a mis padres y estos, emocionados, se arrodillaban delante de él sobre el suelo de barro cocido de la sala común de nuestra *domus*, unían las manos y se inclinaban tres veces a la par que pronunciaban las palabras rituales del *melhorament*:

—*Bon crestià, halhatz-nos la bendición de Dieu e de vos.*

El perfecto respondía entonces:

—*Ajatz-la de Dieu e de nos.*

A continuación, mi padre recibía un abrazo por parte de Guilhabert, un beso en cada lado de la cara y otro en la boca, y mi madre una sonrisa fugaz con una breve inclinación de cabeza.

Este mismo hombre, nuestro guía en este mundo, me había mandado llamar unas semanas atrás. Me recibió en el *castrum* de Montsegur, que se hallaba encaramado en el pico del Pog, en plenos Pirineos, en el seno del condado de Foix, feudo lejano del señor Raimon de Perelha. La silueta de la vieja torre cuadrada que coronaba la aldea se veía desde varias leguas a la redonda.

Subir no había sido tarea fácil para mis piernas, acostumbradas a las calles planas de la villa en la que vivía. Tampoco resultaba posible ascender a lomos del burro; en ciertos momentos la escalada se tornaba peligrosa por los acantilados que rodeaban las pocas casas de piedra y las muchas de madera que formaban un enjambre desordenado con calles estrechísimas. La fortificación, en construcción por obra del señor de Perelha, parecía inútil de tan difícil como resultaba el acceso. Pero todos los creyentes de la Iglesia de los Hombres Buenos sabíamos que nuestros obispos habían suplicado a Raimon de Perelha refugio para los tiempos de persecución que estaban por venir. Por este motivo, Montsegur se había convertido en nuestro santuario. Por sus calles caminaban los Perfectos, separados por sexos, pero unidos en el rezo y la meditación. Cada uno trabajaba con libertad en sus talleres,

ayunaba y rezaba en soledad o en comunidad y vivía su fe muy cerca de ese cielo que tanto anhelaban.

Guilhabert me recibió en su casa, poco más que una cabaña de madera levantada en un rincón escondido del *castrum*. La sobriedad del lugar era sobrecogedora, apenas amueblado con cuatro taburetes alrededor de una mesa de madera bruta y un arcón contra la pared que debía de servirle de camastro al obispo de Tolosa. Guilhabert me invitó a sentarme a su lado para compartir el paté de pescado que le llevaba como presente. No me ofreció cubierto alguno, ya que los suyos no podían tener contacto con los míos, pero todo buen cristiano conoce esta costumbre, así que yo llevaba mi cuchillo, mi cuchara y mi cuenca de madera.

Sentados de espaldas al fuego, que crepitaba en una esquina de la estancia, me preguntó sin demora si, tal como le dijo mi padre, sabía escribir al dictado, claro y recto, y si era capaz de componer un texto sin ayuda de nadie. Contesté orgulloso que pasaba a limpio todas las actas de mi padre, notario en Pàmias, como él bien sabía, y que llevaba fielmente y al día su correspondencia. Me miró un instante y se acercó para coger mis manos entre las suyas. El tacto de la piel de ese hombre mayor, que ayunaba más de lo razonable, me resultó frío y poco agradable; sin embargo, todavía hoy lo siento. Su recuerdo incluso parece ganar fuerza con el paso del tiempo, sellando mi compromiso una y otra vez.

—Entonces, Péire, hijo —me dijo el obispo—, si tu fe es tan sincera y realmente posees el don de la escritura, como pretende tu padre, puede que seas digno de la importante encomienda que te voy a hacer.

La mirada de Guilhabert de Castres se clavó, profunda y limpia, en la mía. Después me susurró cuál iba a ser mi misión.

A los pocos días de esa entrevista, todavía en el mismo pueblo de Montsegur, apareció entre la niebla que aislaba el Pog del resto del mundo, un caballero abrigado en su manto azul y con dos dagas en el cinto de cuero. Llegó a pie y resoplando por el camino escarpado. No me miró al pasar por mi lado ni me saludó cuando lo encontré sentado a la mesa de Guilhabert de Castres unas horas más tarde, en la diminuta casa helada donde días antes había conversado con el obispo cátaro de Tolosa. Era Chabert de Barberá, sentado muy recto, quizá para compensar su pobre estatura; barbudo y cuadrado de hombros y con el pelo mal recortado. Vestía una túnica gris sin adornos. Nada en su aspecto dejaba entrever que tenía delante de mí a uno de los señores más respetados de nuestra tierra, más importante de los condados de Foix y de Tolosa, del Rosselló y de Barcelona. ¿Quién era yo para tomar asiento entre

un gran caballero y el perfecto más importante de la Iglesia de los hombres buenos?

—Chabert —empezó Guilhabert—, he aquí a Péire de Liziac, un joven escriba del que respondo. Está preparado para llevar a cabo la importante misión para mantener el legado de nuestra Iglesia.

Chabert asintió y, por primera vez, me dedicó una mirada larga y grave. Guilhabert siguió hablando. Esta vez se dirigió a mí y repitió delante de Chabert lo que ya me había anunciado:

—Péire, eres muy joven, pero conoces la desgracia que sufrimos desde hace mucho tiempo. Los cruzados entraron en nuestras tierras hace dieciséis años, se hacen más fuertes cada día y nos empujan hacia las montañas. Montsegur es nuestro refugio. De momento no han llegado hasta aquí, pero algún día lo harán, y no cesarán hasta borrar de la historia las huellas de nuestra existencia.

»El demiurgo gobierna este mundo. Sus ejércitos acabarán aniquilándonos y no podemos luchar contra ellos. —Guilhabert tomó un respiro mientras sus ojos se perdían en las llamas de la diminuta chimenea, que no conseguía aportar calor al aire frío que se colaba en la vivienda—. Nuestro tiempo se acaba en esta época, pero no nuestra fe. No debe desaparecer porque es la que llevará al mundo a la salvación cuando llegue el momento. Pero para ello, Péire, tienes que conseguir que la historia no nos olvide.

»Tu tarea, por tanto, es escribir la crónica de lo que fuimos y poner a salvo nuestro legado para el futuro. Escribe la historia de nuestra Iglesia, cuenta a los hombres del mañana lo que dijimos, lo que hicimos, quiénes éramos, para que sepan que existe un camino que los puede llevar hacia el Ser Supremo cuando abandonen este mundo después de muchas vidas. —Luego se giró hacia mí—: Messer Chabert es señor de Barberá y uno de nuestros mayores defensores. Ha luchado por nuestra fe en muchas batallas. Me complace decirte que ha aceptado mantenerte y protegerte el tiempo que sea necesario para que redactes la crónica de la Iglesia de los hombres buenos.

»Partirás mañana mismo con él. Para el resto del mundo solo serás su secretario. Pero, aunque estés bajo sus órdenes, tu servicio desde este momento es con la Iglesia cátara. Necesitarás mucho tiempo, años tal vez, pero eres muy joven. Posiblemente, vivirás el final de nuestra Iglesia de *bé*. Tendrás que dar testimonio de él. Deberás estudiar estos libros que te entrego, anotar y ordenar nuestra doctrina, nuestras costumbres, nuestras leyes y, ante todo, los fundamentos de nuestra fe, explicar por qué es el único

camino a la salvación. Cuenta para los siglos futuros quiénes éramos, por qué nos persiguieron y dónde reside la verdad de este mundo, el camino al paraíso.

Con este recuerdo dando vueltas en mi memoria y el estómago a rebosar de comida caliente, me sumerjo en un sueño profundo. No acostumbro a dormir después de comer, quizá porque mi comida suele ser frugal: una manzana o una cebolla, a veces un trozo de pan y algo de queso. Aunque en nuestra *domus* se cena bien. Mi padre es un notario conocido y, sin llegar a ser rico, no le falta dinero. A menudo, sus servicios se remuneran en carne, verduras o algún cabrito. Rara vez fruta: no se recoge mucha en estas montañas. Y casi nunca pescado, aunque abunde en nuestros ríos.

Paso la tarde organizando la habitación y explorando el *castrum*. Aquí no viven más de cien personas: unos cuantos sargentos en la sala de armas, algunos sirvientes que, junto con pocos esclavos y escuderos, se reparten en chozas como la mía o comparten las cuadras con los animales, y, naturalmente, la familia del señor, que habita en el torreón.

Con permiso del sargento de guardia, subo al camino de ronda, llamado adarve en esta región. El viento sigue soplando, aunque menos que esta mañana. Conforme se pone el sol detrás de los Pirineos, su intensidad baja.

Absorto en la contemplación del paisaje, no oigo llegar a la pequeña sirvienta.

—Maese Péire —dice con voz tímida—, *messer* Chabert os manda llamar.

—Voy enseguida. ¿Cómo te llamas?

La niña ya ha salido corriendo escaleras abajo:

—Me llaman Oda, maese Péire.

Regreso a la cabaña para envolverme en mi manto gris. El frío se extiende a la vez que las sombras. Solo entonces subo al torreón.

Oda me espera detrás del portón y me precede escaleras arriba, hasta que llegamos a una sala espaciosa que ocupa todo el primer piso de la inmensa torre. La empinada escalera continúa hasta los pisos superiores, pero nosotros nos quedamos en el primero. Una chimenea crepita en un rincón y ofrece luz y calor a la estancia. Las ventanas están tapadas con gruesas telas para que no entre el aire helado.

La mesa se encuentra delante de la chimenea. Chabert ocupa un lado junto a Sibila; la pequeña Chaberta está sentada en un taburete alto colocado entre

los dos. Frente a ellos se sienta una dama sonriente que, en aquel momento, está enfrascada en una conversación con la niña.

—Péire —exclama al verme—, esta es mi tía Esclarmunda de Conat. Ha venido a verte.

—Niña —la regaña Chabert—, no digas necedades. Esclarmunda es la hermana de Sibila y está con nosotros hasta que su esposo vuelva de cabalgar.

—Señora, es un honor —la saludo con cortesía.

Sé lo que son esas cabalgadas: correrías destinadas a recaudar impuestos y asegurar el control de su feudo con el pretexto de proteger a los siervos. Los señores tienen que vivir. Está en el orden del mundo.

Me siento a la mesa y Oda aparece enseguida para servir la cena. Aprovecho un silencio en la conversación para escrutar en la semioscuridad el rostro de Esclarmunda. Es muy hermosa, no tanto como su hermana Sibila, pero muy atractiva. Bien es verdad que todas las mujeres me parecen atractivas, ¿o será que realmente todas lo son? Sonríe con frecuencia, sin ningún pudor, como Chaberta. Sibila solo bebe agua, pero ella ha optado por el vino. Con frecuencia, se lleva la copa a los labios, humedeciéndolos.

Curiosamente, el guerrero Chabert no parece muy cómodo en presencia de su esposa. Ella lo sabe y abusa con amabilidad de su poder sobre este hombre ya mayor. ¡Qué raras son las relaciones entre humanos! Estas dos personas deben de haber yacido juntos en numerosas ocasiones, como esposa y esposo que son, y aunque yo sé muy poco de eso, no me cuesta imaginar que dicha práctica cree vínculos entre ellos.

Pese a su corta edad, Chaberta cena con apetito y sin ayuda. Sus divertidas ocurrencias amenizan la noche hasta que se queda dormida en brazos de su madre. Oda, la niña sirvienta, se la lleva a su cama y Sibila no tarda en despedirse de nosotros para acompañar a su hija. Entonces nos quedamos los tres, Esclarmunda, Chabert y yo, sentados a la mesa del salón del torreón, apurando el vino mientras observamos el fuego, hechizados por la gran chimenea.

—Maese Péire —dice de repente Esclarmunda—, ¿en qué consiste vuestro trabajo con mi cuñado? Nunca ha necesitado un secretario. —Mira fijamente a Chabert, que permanece callado—. ¿Nos esconde algún misterio, señor?

—¡Vaya! —contesta, divertido, Chabert—, no sabía que el cuidado de mis tierras y de mis siervos tuviera algún interés para vos. Péire, cuéntale a mi cuñada cuál es tu cometido aquí.

Acordamos que mi verdadera misión, y el compromiso de Chabert en cuanto a mi protección y manutención, debía mantenerse en secreto, así que nos inventamos una historia. Pero yo no sé mentir. Mi religión y mi moral me lo prohíben, y más todavía mi natural timidez. Bien es verdad que Guilhabert de Castres nos ha autorizado a usar la mentira por el bien de nuestra Iglesia. Pese a todo, la situación me resulta incómoda, aunque Chabert parece disfrutarlo.

—Verá, señora, me encargaré de poner en orden sus cuentas, redactar sus misivas, contestar las cartas, organizar las visitas...

—Como un rey —ríe Esclarmunda, clavando la vista en Chabert.

—Más o menos, señora.

Mi bochorno se debe de notar en las mejillas ruborizadas. El señor de Quéribus ríe abiertamente; Esclarmunda se une a las carcajadas, hasta que me contagian la risa, así como los vapores del vino.

—Joven Péire —prosigue la mujer—, si vos es ahora el responsable de las finanzas de esta señoría, le ruego reserve para pronto una partida de viandas y vinos, sin olvidarnos de una cantidad de, pongamos, diez soles melgorianos para retribuir a dos trovadores como se merecen. Estos estarán de paso por estas tierras en pocos días. Eso, al menos, es lo que cuentan... ¿Ha escuchado en alguna ocasión algún sirventés, *canço* o una pastorela?

—Señora, debo de reconocer que mi educación es muy limitada en cuanto a... esas cosas. Me temo...

—Chabert, querido cuñado, ¿qué le parece?

—La verdad es que es de vuestra edad y condición divertiros de vez en cuando. Háblelo con vuestra hermana, pero le ruego que tenga en cuenta el gasto. Nuestras tierras producen poco, aunque diez soles me parecen insignificantes por una verdadera corte de amor digna de Puigvert, así que adelante.

—Gracias, mi señor. No esperaba menos. —Esclarmunda se levanta y le da un beso a Chabert en la cabeza. Este permanece sentado — Gracias. Permitidme retirarme. Péire...

—Señora...

Chabert se ha quedado confundido con el gesto de Esclarmunda, turbado por el acercamiento de su cuñada, que ha desaparecido por la escalera con una sonrisa pícara en los labios. Me levanto y permanezco de pie esperando alguna orden de Chabert.

—Péire, en algún tiempo —dice por fin— partiremos a Perpinyà, donde tengo que tomar el mando de la guarnición de la villa en nombre del conde Nunó Sanç. Aprovecha estos días para instalarte y comenzar tu trabajo.

Me retiro embriagado por el vino, por la comida abundante, y con el olor, en fin, de esas mujeres en mi recuerdo; pensando en la sonrisa de Esclarmunda.

Debo de centrarme en la misión.

Dos horas antes del alba bajamos desde Quéribus hasta las caballerizas, donde esperan nuestras monturas. El día anterior, invitado una vez más a la mesa de los señores del castillo, Chabert me avisó de nuestra partida. Debíamos llegar con rapidez a la ciudad de Perpinyà, donde le esperaba su nuevo puesto. Era importante reorganizar la defensa de la villa ante las incursiones de los Montcada, los enemigos de Nunó Sanç.

—¿Por qué están en guerra las dos familias?

—Nunó Sanç es mi señor y está enfrentado con Guilhem de Montcada, vizconde de Bearn, desde hace un tiempo. Estos dos príncipes combatían codo con codo en Muret contra los francos en 1213, cuando murió Pedro II de Aragón, y asumieron entre los dos la regencia del reino en nombre de Jaume. Hasta que una disputa sin fundamento alguno los enemistó. Lo cierto es que poco más se sabe, joven Péire.

—¿Y por una disputa sin fundamentos guerrear estas dos casas?

Chabert dudó un instante. Luego se sirvió una copa de vino, una más, y contestó con aquella mirada profunda y resolutiva que ya conocía desde el primer día que la vi en Montsegur.

—Así es.

Los hombres van armados: espadas largas de doble filo, dagas y cuchillos de todo tipo para los caballeros; ballestas, arcos y picas largas para arqueros y sargentos montados, y hachas de doble filo a la moda de los francos, colgadas a la espalda, a la cintura o atadas a la silla, para los otros. Todos llevan escudos triangulares semicurvos, de madera para la mayoría, algunos cubiertos de cuero tenso. El de Chabert, decorado con las armas de la familia de Barberá: rojo con tres bandas horizontales de plata, cada una adornada con cinco cruces de armiños.

Su escudo choca a veces contra el casco de metal, que se conoce como barbuda, y deja libre únicamente los ojos y una tira de piel hasta la barbilla, lo que le da un aspecto feroz. Los sargentos y arqueros llevan el bacinete, que reconozco porque lo usan los guardias de mi ciudad. Varios soldados y todos los caballeros están protegidos por sus cotas de malla. A mi señor le llega hasta la mitad del muslo, como corresponde a su rango.

En cuanto estamos preparados, Chabert manda salir con un gesto del mentón. El estrépito de los hierros de los caballos es ensordecedor. El pobre escriba que soy siente más temor que seguridad en medio de esta veintena de caballeros y sargentos armados. Estos últimos tiempos en el castillo he aprendido a codearme con los caballeros que acompañarán hoy a Chabert, los que van en cabeza detrás de su señor. Está Aymerich de Montlaur, alto y fuerte, con el pelo lacio y sucio, cota de malla y perneras de metal por encima de las botas. También he conocido a Péire Raimon de Barberá, hermano de mi señor, de estatura corta pero fuerte de hombros, más joven que Chabert. Según dicen los militares con los que he hablado estos días, prefiere vivir en el pueblo de Cucunhan, a una hora andando del castillo de Quéribus, donde lo acoge el señor Berenguer de Cucunhan, un hombre fornido como rara vez he visto, barbudo y con la cara marcada por una cicatriz violácea que le cierra parcialmente el ojo izquierdo. El último caballero parece sacado de la corte de los reyes de Inglaterra, de la que dicen que es más dada a los escarceos amorosos y a los juegos florales que a la batalla. Geraut de Niort, sin embargo, es un afamado guerrero, hermano de Bernat-Oto de Niort y azote de la Inquisición. Lleva el pelo bien cortado y la cara imberbe donde sorprende encontrar unos ojos azules y tan fríos como las nieves del Canigó.

Yo no porto armas bajo el manto gris; es la mejor manera de que no me maten, según Chabert. Solo llevo un jubón acolchado que, aunque no me protege de los golpes y las lanzadas, por lo menos me mantiene caliente. En las alforjas cargo con todas mis pertenencias: hojas de papel de la mejor factura enrolladas en una bolsa de cuero con mis utensilios y una camisola no muy nueva pero sí limpia.

Voy detrás del caballo del señor de Quéribus. Bajamos al paso por un sendero hasta la aldea de Maury. Se ilumina poco a poco el cielo de levante, pronto saldrá el sol. Cuando la trocha adquiere anchura de camino, acompañando suavemente al río, nuestro paso lento y prudente se vuelve trote. Los caballos tienen hambre de galope, ¿o seremos los jinetes? El caso es que, al cabo de unos instantes, Chabert se deja llevar por el sol naciente, por las ganas de acción, por la *tramuntana* a favor, y deja rienda suelta a su montura. Cabalgo en el centro del grupo; mi caballo acelera y siento una ola de euforia en el pecho. Quisiera gritar «¡*Endauant!*» como mi señor Chabert. Me siento invencible.

Galopamos como demonios enfurecidos, embriagados de libertad. En el horizonte aparece una colina poco elevada, pero que tendremos que subir. Consciente del camino que todavía tenemos por delante, Chabert controla la montura y cambiamos a trote moderado y finalmente al paso entre bufos y

relinchos de los caballos enervados. De pronto, se dibujan en la cresta de la colina unas siluetas inconfundibles: caballeros armados.

Paramos del todo, ya en silencio. Chabert permanece inmóvil a la espera de que se muestren al completo. Están a dos centenares de varas ahora.

—Hug, ¿cuántos van?

—Veo cuatro, señor —contesta el escudero.

—Tres conmigo.

Los caballeros más cercanos a Chabert lo siguen sin preguntar, serios. Las comitivas se acercan para encontrarse a mitad de camino. Distingo perfectamente el escudo de uno de ellos: rojo con seis círculos dorados y creo que unos toros en la franja dorada, coronándolo todo.

—¿Quiénes son? —pregunto al arquero más cercano.

—Montcada.

—¿Qué va a pasar?

—Negociar... O luchar.

—¿Luchar?

El soldado me ignora y se concentra en interpretar desde la distancia el avance del parlamento. Mientras la inquietud endurece los rostros, el corazón empieza a latir con fuerza. Tengo miedo, mucho miedo. Nunca he asistido a un combate entre dos ejércitos, aunque nuestro grupo es muy reducido para ser considerado como tal y no sabemos cuántos soldados nos acechan detrás de la colina.

La negociación termina enseguida y los nuestros vuelven al paso. Chabert no ha perdido la calma y su voz es firme:

—Cabalgan de vuelta a Aragón. Habrán saqueado alguna aldea de la zona en nombre de los Montcada mientras patrullaban. No deben de ser muy numerosos, porque no quieren librar batalla y proponen que nos ignoremos los unos a los otros. ¡Preparad las armas! Vamos a por ellos, pero no deseo perder tiempo. Los atropellamos y seguimos. Están cerca de nuestras tierras y no los quiero aquí.

A duras penas trago saliva. Debo de estar pálido porque el arquero se acerca:

—Vos y yo no vamos a batallar mucho, maese escriba. Pocas flechas voy a disparar si hemos de embestir a estos aragoneses para continuar por nuestro

camino. Usaré la espada. Chabert rara vez deja pasar la ocasión de dar a conocer su valor en el campo de batalla.

»Quédese a mi lado y haga lo que yo.

Los sargentos y los caballeros han desenvainado ya las espadas. Todos aprietan las correas de los cascos y sujetan los escudos. Los caballos más experimentados se muestran nerviosos y se hace complicado contenerlos. Miro a mi alrededor, desconcertado, pero ya nadie me hace caso. En un momento dado noto que me desplazan hacia el centro del grupo, aunque el movimiento es imperceptible. Chabert echa un último vistazo a su tropa; después levanta la espada y grita:

—¡Barberá, Barberá, Barberá!

Me sorprende el primer «¡Barberá!» que la tropa chilla con rabia, a pleno pulmón, cuando sueltan los caballos. Mi voz se une a las demás en el siguiente y rujo «¡Barberá, Barberá!» mientras me sacude la cabalgadura.

En unos segundos estamos en la cima de la colina. Delante de nosotros aparece un grupo de jinetes más numeroso que el nuestro. Están armados y a lomos de sus monturas, pero no esperaban que cargásemos contra ellos. Confiaban en su número y en el resultado del parlamento. Muchos se quedan petrificados cuando nos ven llegar a galope, pero otros sacan las espadas y presentan batalla.

Una vez arriba, los caballos cogen más velocidad con la bajada y nuestro grupo, decidido y lanzado con temeridad, vale mil caballeros de unos Montcada temerosos. Ese entusiasmo desmedido me empuja a la euforia. El miedo desaparece: no me puede pasar nada entre tanta fuerza protectora. El odio hacia el enemigo me invade, cruel, ciego.

—¡*Endauant, endauant!* —grito.

Derribamos a la mayoría en un caos brutal de alaridos de dolor, de aullidos de victoria, de chillidos de euforia y de choques de hierro contra hierro. Nuestros caballeros van en primera línea. No son más de cinco, pero su entusiasmo es tal que el enemigo cede al primer ataque. La enorme silueta de Berenguer de Cucunhan me sirve de guía en este desorden. Sigo protegido en el centro del grupo, ocupado también en no perder de vista a mi arquero y en no quedarme rezagado. Avanzamos cada vez más despacio, pues la defensa de los Montcada se organiza, o quizá los adversarios son demasiados y frenan nuestro avance. Desde atrás veo la espada de Chabert, que va y viene, que sube y baja, asestando golpe tras golpe. Está ensangrentada y oscura. Ha herido ya a varios enemigos. Huyen de él por su prestigio, que asusta a

cualquiera, y por su espada, que maneja con la soltura del gran caballero que es a pesar de sus cuarenta años.

Siguiendo a nuestros guerreros, procuro empujar la montura hacia delante, sin perder de vista a mi compañero, que ha desenvainado la espada y la mueve a su alrededor como un insensato, o eso me parece a mí.

El sonido sordo del acero hendiendo la carne me sobrecoge; más todavía los salvajes chillidos de dolor de los malheridos. Durante un instante me pregunto qué hago aquí. ¿Qué horror es este? Pero una voz que procede de mi interior me ordena silencio y me empuja a ser más violento, más bruto que cualquiera de los que me rodean si quiero salir de este lance con vida. Así que espoléo a mi caballo, azuzándolo. Entonces me percato de que la línea del enemigo ha cedido por completo, la hemos atravesado y tenemos el camino libre a Perpinyà.

—¡Cabalgad, cabalgad! —grita Chabert, y aviva a su caballo a través de la pradera que se abre ante nosotros.

Lo siguen sus hombres. Me preparo para el galope, pero una mano me agarra por detrás, por el jubón apretado, a la altura del cuello. Por poco desmonto del susto. Una ola de terror me inunda repentinamente y, presa del pánico, me retuerzo y le propino un puñetazo con todas mis fuerzas al joven soldado que intentaba capturarme. Mi golpe lo alcanza en el cuello y me suelta tan rápido que mi caballo nota la sacudida y se embala hacia la pradera, cogiendo un galope furioso. En pocos segundos, adelanto al resto de mis compañeros y llego a la altura de Chabert, que cabalga a mi lado unos instantes. Mi señor se da la vuelta con frecuencia para asegurarse de que todos sus hombres lo siguen; también para cerciorarse de que nuestra acción ha derrotado a los guerreros de Montcada, pues no tienen intención de perseguirnos.

Perdemos velocidad poco a poco y cuando la distancia y el agotamiento de los caballos lo aconsejan, pasamos a un trote ligero. El bufo de los animales y el calor y el sudor que nos transmiten, así como la vista de las espadas ensangrentadas y de los golpes y las heridas que exhiben algunos de mis compañeros despiertan en mí la consciencia de lo que acabo de vivir.

—Maese escriba, vaya puñetazo le ha soltado a ese soldado.

Chabert ha hablado en voz alta para que todos lo oigan a través del casco. Después ríe a carcajadas; enseguida lo imita el resto de la compañía. Recibo algún que otro empujón de complicidad por parte de Péire Raimon de Barberá, que cabalga ahora a mi vera.

—Mi señor —afirma el arquero—, creo que ese soldado llevará la firma de nuestro escriba estampada en su faz de aragonés por mucho tiempo.

Más risas. Yo me debato entre la vergüenza de ser el centro de atención y el orgullo de que Chabert haya destacado mi acción. ¿Cómo ha podido verme, si avanzaba hacia la pradera? No me atrevo a preguntar.

—Hug, encuéntrale una espada cómoda a Péire en cuanto lleguemos a Perpinyà, y una daga. Y enséñale a usarlas. Bien, sigamos.

Chabert ha limpiado su espada en el manto. Luego se ha colocado bien el casco, dando por terminado el incidente.

Así participé en mi primera batalla y durante largo tiempo fue para mí la más grande de todas las guerras jamás libradas.

